

En busca de una conciencia histórica nacional. El contexto de la *Crónica mexicana*¹

Clementina Battcock

Dirección de Estudios Históricos-INAH

Salvador Rueda Smithers

Museo de Historia-INAH

Para México, el siglo XIX fue entrañable tiempo de descubrimientos. Se encontró a sí mismo en su historia antigua. Dos generaciones de brillantes polígrafos hurgaron en los papeles viejos, en remotas bibliotecas, en los archivos conventuales más escondidos. Descubrieron el rostro mexicano del umbral de la conquista y en los albores del periodo virreinal: Descubrieron el siglo XVI.

Esta aventura del pensamiento y su ensayo de explicación no dejaron de tranzarse con la ruda realidad de su presente, con las urgencias que exigía la inestabilidad política del nacimiento de la vida independiente y el asentamiento – hoy sabemos que magro y elemental– de la identidad nacional. Periodo formativo del proyecto de estado-nación, de la pasión por la política, que miraba hacia atrás para entenderse ya libre de la tutela hispana, para saber qué le distinguía como país. Pesaba en el ánimo el pasado cercano, la historia inmediata. Hubo de

¹ Agradecemos y reconocemos el esencial apoyo brindado para este texto a Raúl del Carmen García.

enfrentarse a las instituciones monolíticas, al clero, al ejército, a las comunidades indígenas y a los intereses regionales de ciertos caudillos.²

Tras la guerra con Estados Unidos entre 1846 y 1848, al tiempo que surgía un nuevo valor a la palabra *patriotismo*, se adquirió plena conciencia de “la falta de cohesión nacional”.³ Y esta reflexión “se convirtió en un acicate para la historiografía”,⁴ pues salieron a la luz “magnas obras de revisión histórica”, las cuales “se propusieron mostrar el derrotero equivocado que había tomado México a raíz de su independencia”.⁵ Asimismo, surgieron los intereses “por los hechos que [se] acaban de vivir” y las “propuestas para la regeneración del país”.⁶

La búsqueda de la cohesión nacional por medio del relato histórico no partió de una memoria única. De hecho, la referencia a lo pasado tamizaba la fragmentación de conceptos en el mosaico de identidades regionales, étnicas y estamentales heredadas del virreinato: “en el pasado mexicano habían coexistido múltiples memorias, correspondientes a los diversos grupos étnicos, sectores sociales, organizaciones políticas, localidades y entidades regionales que componían el país”.⁷ Y cada una de esas memorias pretendía “reivindicar orígenes

² Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, 3a. ed., dibujos de Raúl Velázquez, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 677 p., ils. (Sección de Obras de Historia), p. 540.

³ Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *Historiografía mexicana*, v. IV, *En busca de un discurso integrador de la nación*, 2a. reimp., Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord. gral.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, 590 p., p. 10.

⁴ *Id.*

⁵ *Id.* En una etapa anterior, los fines de la escritura de la historia eran distintos, al respecto vid. Virginia Guedea (coord.), *Historiografía mexicana*, v. III, *El surgimiento de la historiografía nacional*, Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord. gral.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, 460 p.

⁶ *Id.*

⁷ Enrique Florescano, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 531.

y valores propios, contrapuestos a los que enarbolaban otros grupos”.⁸ Sin duda, era imposible pensar en un *tiempo mexicano*: la revolución mental de imaginar la historia caminaría con lentitud aparejada a la *conciencia patriótica*. Curiosamente, imaginar un denominador común del pasado –como sugerían las historias nacionales de los llamados “países progresistas– en una historia general aceptada, fue construcción de altos nombres, no pocas veces oponentes entre sí en los territorios de la polémica política y de la guerra.

Entre 1848 a 1884 se encontraron, pues, dos generaciones de hombres de letras mexicanos, muchos de los cuales dedicaron buena parte de su tiempo a la historiografía. A la primera generación (1810-1824) pertenecieron dos de los historiadores que, eventualmente editarían la *Crónica mexicana* del barroco nahuatlato novohispano Hernando Alvarado Tezozómoc: José Fernando Ramírez y Manuel Orozco y Berra. Contemporáneo en la ruta de la vida a ellos, el sabio Joaquín García Icazbalceta perteneció a la generación siguiente (1825-1840).⁹ No fueron menores los espacios para el encuentro entre aquellas generaciones; sus representantes intelectuales no estuvieron solos: a lo largo del siglo dialogaron y discutieron con Carlos María de Bustamante –sabio fantasioso–, Francisco Sosa, José María Vigil, Francisco del Paso y Troncoso y José María de Ágreda y Sánchez, entre otros destacados buscadores de tesoros del pasado más distante. Igualmente, fruto de los esfuerzos de los literatos de la época, vieron la luz el

⁸ *Id.*

⁹ Retomo la división generacional de Antonia Pi-Suñer Llorens, que a su vez echa mano de la propuesta por Luis González y González. Los años entre paréntesis dan cuenta de las fechas sobre las que oscilan los nacimientos de los personajes pertenecientes a cada generación. *Vid.* Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, *op. cit.*, p. 13; Luis González y González, *Obras completas*, t. VI, *La ronda de las generaciones*, México, Clío, 1997, 349 p.

Diccionario universal de historia y de geografía (1853-1856), y se convirtieron en una realidad de carácter normativo y matriz institucional el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional y el Museo Mexicano¹⁰ –luego Museo Imperial– y Museo Nacional.

A pesar de las pocas referencias a las influencias recibidas y la todavía menor preocupación por las teorías de la historia en boga a lo largo de la centuria, es posible encontrar algunos vestigios que dan cuenta del influjo que ejercieron intelectuales españoles e ingleses, pero especialmente los franceses.¹¹ Ante todo, los hombres de letras decimonónicos fueron eclécticos: “... vemos en ellos elementos ilustrados, como sería el interés por la ciencia y por el espíritu científico, elementos románticos, como sería el insistir en la estrecha relación entre el hombre y su entorno natural, elementos providencialistas y aun evolucionistas”.¹²

Pero es importante señalar que, si bien se dejó sentir cierta influencia del positivismo de Auguste Comte, no fue en estas generaciones donde alcanzó su plenitud, y con ella la buscada conciencia de una historia nacional con el ideal del progreso como motor. Los historiadores de esta época eran científicos o

¹⁰ Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, *op. cit.*, p. 14-17. Sobre el carácter de “literatos u ‘hombres de letras’”, ya que en el momento en que vivieron a pocos se les reconoció como historiadores”, *vid. ibid.*, p. 13-14.

¹¹ *Ibid.*, p. 18-20. El poco interés por la teoría de la historia no implicó que no se escribieran textos y se polemizara en torno a la manera de escribir la historia y a su utilidad, *vid.*, Juan Antonio Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2a. ed., notas bibliográficas e índice onomástico de Eugenia W. Meyer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, 481 p.

¹² Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, *op. cit.*, p. 21.

“eruditos”, y solamente al final del siglo, cercanamente positivistas.¹³ Con todo, tal idea de la historia tal vez llegó gracias a la lectura de François Guizot, de Leopold von Ranke, o alguno otro de los miembros de la escuela erudita alemana del pensamiento, lecturas a las que se sumó el impacto causado por la *History of the Conquest of Mexico* (1843) de William H. Prescott.¹⁴ La pasión por la erudición y la búsqueda de la verdad a la manera europea moderna motivaron el “afán de buscar, autentificar y recopilar documentos”. También la razón de ser de los apéndices documentales que acompañaban a las obras históricas producidas y de la proliferación de notas a pie de página.¹⁵

La coexistencia de un dispar horizonte de memorias vivas dio lugar, como se ha mencionado, a distintas narraciones sobre el devenir de México, cada una en función de los intereses de su escritor y los del grupo al que representaba. Pero una vez que los liberales le dieron la estocada final al Imperio de Maximiliano y a los modelos de gobierno conservadores (centralistas e imperialistas), procuraron imponer su versión de los hechos. Ello, paradójicamente, con la suma de esfuerzos y conocimientos de los antes oponentes, ahora unidos en un afán: descubrir las huellas del pasado en los escritos de frailes y cronistas civiles de los siglos XVI y XVII que miraban a su propia historia con el lente de su propósito misionero a la explicación del devenir de su prosapia.

¹³ *Ibid.*, p. 22. Sobre el positivismo en México, *vid.* el homónimo estudio de Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, 10a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 2011, 481 p. (Sección de Obras de Filosofía); y sobre la relación de esta corriente de pensamiento con la historiografía mexicana, *cfr.* Álvaro Matute, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, n. 21, septiembre-diciembre, 1991, p. 49-64.

¹⁴ *Id.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 23-24.

Con el triunfo liberal, el Estado moderno, “se convirtió en el nuevo sujeto de la historia y su aparición modificó la idea del pasado y la concepción de la nación”.¹⁶ El Estado liberal echó mano de muchos medios para difundir la historia patria, vinculando íntimamente los programas de enseñanza en escuelas públicas y privadas (recuérdese el enojo de García Icazbalceta por aplicar ciertos planes escolares alejados del catolicismo en sus haciendas), clubes de lecturas, periódicos y revistas, libros, mapas y fotografías expuestas en sociedades científicas, además de los discursos públicos acordes a calendario cívico, a los monumentos¹⁷ y los trabajos en los museos; esto a través del respaldo de las artes con convocatorias a temas históricos o de viajes divulgados por las exposiciones de pintura, litografía y grabado en la Academia de las Bellas Artes;¹⁸ todo ello a fin de poder afianzar la conciencia de unidad nacional y su memoria histórica correspondiente.

Para culminar con el proyecto anteriormente enunciado era indispensable una *historia general de México*. Correspondió al programa de los liberales el escribir su propia versión “del tan esperado discurso integrador de la nación”.¹⁹ El momento lo propició la promesa de paz política de los primeros años del porfirismo. Con el trabajo acumulado a la sombra de los problemas nacionales más ingentes, un grupo de esforzados escritores publicó en varios y cargados volúmenes la enorme obra ***México a través de los siglos*** (1884). La historia se volvería un

¹⁶ Enrique Florescano, *Memoria...*, op. cit., p. 538.

¹⁷ Sobre este tema vid. Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970, 291 p.

¹⁸ *Ibid.*, p. 544.

¹⁹ Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, op. cit., p. 29-30. Sobre los proyectos anteriores, vid. *ibid.* p. 27-29.

relato ordenado cronológicamente, y el sentido del cambio y la evolución se entenderían como la “naturaleza” del devenir histórico. Señalaría Enrique Florescano que era “este un discurso evolutivo y lineal que partía de la antigüedad prehispánica, continuaba con el Virreinato y la guerra de Independencia, seguía con los primeros años de la República y concluía con la época gloriosa de la Reforma”.²⁰ En dicho proyecto participó el cuarto de los historiadores que indagaron en las crónicas antiguas, y en particular en la de Alvarado Tezozómoc: Alfredo Chavero.

Los editores de la Crónica mexicana

A manera de guía sintética, a continuación ofrecemos algunos rasgos biográficos de los editores de la *Crónica mexicana* de Tezozómoc. Como este trabajo no tiene por objeto concentrarse en tales datos, nos basaremos en los estudios sobre Ramírez, Orozco y Berra, García Icazbalceta y Chavero realizados por Aurora Flores Olea, Laura Pérez Rosales, Patricia Montoya Rivero y Nicolás León, respectivamente.²¹ Aunque sólo aparecen citas en las transcripciones textuales, todos los datos fueron tomados de dichos estudios.

José Fernando Ramírez (1804- 1871)

²⁰ Enrique Florescano, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 544.

²¹ Los tres primeros contenidos en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *Historiografía mexicana*, v. IV, *En busca de un discurso integrador de la nación*, 2a. reimp., Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord. gral.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011. Aurora Flores Olea, “José Fernando Ramírez”, p. 313-338; Laura Pérez Rosales, “Manuel Orozco y Berra”, p. 359-386; Patricia Montoya Rivero, “Joaquín García Icazbalceta”, p. 387-405. El último, Nicolás León, “Noticia biográfica del autor”, en *Obras*, t. I, *Escritos diversos*, México, Imprenta de V. Agüero, 1904, XXVI-463 p. (Biblioteca de Autores Mexicanos. Historiadores), p. V-XXV.

De posición familiar acomodada, fue activo participante en la biografía política del país. Su fortuna paterna le permitió llevar a cabo sus estudios de Derecho despreocupadamente hasta la muerte de su padre (1823). A partir de entonces, su vida transcurrió entre Durango y la Ciudad de México. La instrucción pública y la práctica política profesional posibilitaron que ocupara diversos cargos públicos. Liberal moderado, incursionó también en el campo del periodismo. Sin embargo, fue el estudio de la historia la preocupación a la que decidió dedicar sus mayores desvelos.

Ramírez publicó obras tanto de historia antigua como del pasado inmediato. Fue miembro de instituciones interesadas por las realidades internas y exteriores del presente mexicano, y en la medida de su tiempo libre, incursionó en los repositorios del pasado mexicano. Igualmente buscó y coleccionó obras, documentos y apuntes ajenos con el propósito de que contribuyeran a la historia de México. Como buen intelectual erudito, el acopio no fue indiscriminado, sino que se valió de la crítica –propia de su época– para seleccionar qué merecía ser conservado y publicado. Uno de sus principales aportes fue “valorar los estudios prehispánicos como una parte fundamental para la cabal comprensión de nuestro pasado y de nuestra esencia como nación”.²² A él debemos, por supuesto, el Códice Ramírez, la *Crónica mexicana* y la magnífica *Historia de las Indias de la Nueva España y islas de Tierra Firme* de fray Diego Durán.

Manuel Orozco y Berra (1818-1881)

²² Aurora Flores Olea, “José..., *op. cit.*, p. 337-338.

Fue abogado e ingeniero topógrafo de profesión. Tan distintos campos del saber influyeron en su desenvolvimiento en la vida pública del país, por lo que, al igual que muchos de sus contemporáneos, conjuntó el ejercicio de la política con los ensayos literarios y la curiosidad científica. Fue discípulo y colaborador de Fernando Ramírez, con quien trabajó en el acopio de documentación para la historia de México, especialmente de archivos y “librerías” eclesiásticas tras la desamortización propiciada por la *Ley Lerdo* de 1856. En tal rescate de fuentes, en su interpretación y divulgación, fue corresponsal de Joaquín García Icazbalceta y Alfredo Chavero, sabios afamados, protagonistas luminosos del descubrimiento del siglo XVI a través de sus crónicas, cartas y relaciones geográficas.

Su obra, como bien señaló Laura Pérez Rosales, “puede ser dividida en tres grandes grupos: cartográfico-geográficos, etno-lingüísticos y los de índole histórico-enciclopédica”.²³ Al abarcar su producción tan distintos temas, Orozco y Berra dejó un gran legado para la historia, la geografía y las nuevas disciplinas estadísticas que acercaban ya a la metodología científica a la manera moderna.

Joaquín García Icazbalceta (1825-1894)

Hacendado cañero, honesto conservador católico y esforzado intelectual, el polígrafo García Icazbalceta fue un verdadero benefactor para la historia y la historiografía del llamado *siglo de la conquista*. A pesar de sus simpatías por los preceptos ideológicos de los conservadores, García Icazbalceta se mantuvo al margen de la política dominante. Ello no impidió, sin embargo, que formara parte de diversas instituciones intelectuales de México y del extranjero, ni que

²³ Laura Pérez Rosales, “Manuel..., *op. cit.*, p. 362.

colaborara con hombres de letras de tendencias moderadas o liberales en algunos proyectos eruditos. Ejemplo valiosísimo a la mano de los lectores modernos es la Carta a José María Vigil en torno a un falso proceso inquisitorial del siglo XVI.

Su obra mayor descansa en dos territorios del eruditismo: la cuidadosa compilación documental y edición de papeles novohispanos tempranos; y la insustituible *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, así como la todavía consultada biografía del obispo fray Juan de Zumárraga.

Alfredo Chavero (1841-1906)

Abogado e historiador, se asomó a las realidades anteriores a la conquista española a través de la revisión y decodificación de pictografías indígenas. Como hombre público, simpatizó con los liberales y acompañó al gobierno itinerante de Benito Juárez. Ocupó diversos cargos políticos y fue miembro de varias instituciones científicas y literarias.

Su interés por el México prehispánico se vio alentado por su amistad con Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Además, compró buena parte de la biblioteca que los herederos de Fernando Ramírez pusieron a la venta; fue entonces cuando debió adquirir la edición de la *Crónica mexicana* facturada por Ramírez. Muchas y muy variadas fueron las publicaciones que Chavero dedicaría a la historia antigua de México, valiosas por sus ilustraciones exactas de armas e indumentaria militar indígena. Su fama se asentó con la redacción del primer tomo de *México a través de los siglos*, y alcanzaría su cenit con los lujosos

libros conmemorativos del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América en 1892.

La recuperación del pasado indígena

En torno a la producción historiográfica mexicana del siglo XIX la rondaba el fantasma del esencialismo. Esto es:

...la idea de que lo acontecido durante el transcurso temporal —es decir, la historia—le acontece a un ente llamado México pero le acontece como mero accidente o lo que es lo mismo, se supone que, pese a las mudanzas históricas que registran los testimonios, es siempre el mismo México, un ente que permanece idéntico a sí mismo encerrado en su fortaleza entitativa. Un México, pues, que sería lo que es en virtud de una misteriosa esencia que hace que sea para todos en todo tiempo y en cualquier lugar lo que ha sido, es y para siempre será.²⁴

Este postulado esencialista llevó a integrar el pasado indígena prehispánico al gran relato de la historia nacional mexicana como si se tratara de una única línea de sucesos, como si fuera un desfile lógico de acontecimientos propios de un inmutable ente llamado *México*.

Sin hacerlo explícito, sólo los “indios muertos e imaginarios” podían integrarse al relato de la historia indígena como *historia mexicana*, mientras que los “indios vivos y reales” quedaban en la disyuntiva de integrarse a la masa

²⁴ Edmundo O’Gorman, “Fantasmas en la narrativa historiográfica”, en *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*, estudio preliminar y ed. de Eugenia Meyer, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 958 p. (Vida y Pensamiento de México), p. 951-958.

poblacional, uniforme y mestiza, sin identidad étnica singular, o quedar marginados. La figura del “mestizo” fue priorizada, y esto se reflejó en la producción historiográfica:²⁵ el pasado indígena prehispánico, como “objeto muerto de ciencia”²⁶ pasó a formar parte de la historia nacional al ser considerado uno de los elementos que, junto a lo español —igualmente ambiguo, detestado y de perfiles generales— daría origen a la idea de ser México una nación mestiza.

Esta recuperación de lo indígena por la historiografía decimonónica es clave para entender la edición de la *Crónica mexicana* por Ramírez, Orozco y Berra y García Icazbalceta, fuente invaluable junto a otras, como la Historia de Thévet o la de Durán, sería la que contribuiría al mejor conocimiento del pasado prehispánico. Pero en los planes de publicación —sólo la de Orozco y Berra vio la luz— la *Crónica mexicana* no estaría sola, por razones que a continuación expondremos.

Los historiadores mexicanos, como sus contemporáneos europeos, veneraban a un ídolo, el inasible y perseguido ídolo de los orígenes.²⁷ Dicha veneración llevó a los eruditos del país a indagar en las fuentes más auténticas que sirvieron de base a la comprensión y comparación con el resto de los vestigios heredados del pasado. De ahí que en cierto momento se especulara que un manuscrito encontrado en el convento de San Francisco de la Ciudad de México, bautizado como *Códice Ramírez* por Orozco y Berra y Chavero en honor a su

²⁵ Guy Rozat, *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2001, 481 p., p. 12-13.

²⁶ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, 4a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 268 p. (Sección de Obras de Antropología), p. 177.

²⁷ Al respecto, *vid.* Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, 3a. reimp. de la 2a. ed., trad. de María Jiménez, Danielle Zaslavsky y María Antonia Neira B., ed. anotada de Étienne Bloch, pref. de Jacques Le Goff, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, 181 p. (Sección de Obras de Historia), p. 59-64.

descubridor, fuera una fuente primigenia que sirvió de base al dominico Diego Durán, a los jesuitas Juan de Tovar y Joseph de Acosta, y al mismo Hernando Alvarado Tezozómoc.²⁸ Por lo tanto no resulta extraño que la edición de la *Crónica mexicana* hecha por Orozco y Berra se encontrara precedida del *Códice Ramírez*.

Como buenos historiadores científicos, los editores de la *Crónica* de Tezozómoc ejercían el fetichismo de la compilación documental valorada en sí misma. Salvo contadas excepciones, estos historiadores postergaban “la elaboración, la interpretación y la síntesis” con el pretexto de que “todo eso vendrá más tarde, cuando las actuales generaciones hayan reunido los materiales suficientes”²⁹ para hacer interpretaciones sin huecos informativos –anhelo, por supuesto, imposible. Tal obsesión por la publicación de fuentes, sobre todo inéditas, no sólo explica la edición de la *Crónica mexicana*, sino que además permite entender que se acompañe de otros documentos, ya fuese el mismo *Códice Ramírez* o su largo apéndice en la edición de Fernando Ramírez.

²⁸ Esta conjetura también se relacionó con la acusación de plagio que se le imputó al padre Joseph de Acosta, S.I., *vid.* Edmundo O’Gorman, “Prólogo”, en Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2006, CXII-491 p. (Colección Conmemorativa 70 Aniversario, 38), p. XV-LXV, y el “Apéndice tercero”, en *ibid.*, p. XCI-CXI.

²⁹ Ramón Iglesia, “El estado actual de los estudios históricos”, en *El hombre Colón y otros ensayos*, introd. de Álvaro Matute, 1a. reimp. de la 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 275 p. (Sección de Obras de Historia), p. 58.